

Dichoso

Homilía de Funeral de Padre Chuy Ramírez, 9 diciembre de 2020

Mateo 5:1-12a

Rvmdo. José Tyson, Obispo de Diócesis de Yakima

"Dichoso" es la primera palabra de nuestro Evangelio de San Mateo que acabamos de proclamar. Esta palabra podría ser la clave interpretativa para comprender la vida y el ministerio de nuestro hermano, el padre Chuy Ramírez como sacerdote de la Diócesis de Yakima.

Durante una entrevista en Radio KDNA este lunes pasado, el director de noticias Francisco Ríos me recordó que el Padre Chuy fue clave en el desarrollo de liturgias bilingües como sacerdote recién ordenado. Qué contradictorio que esta primera palabra en nuestro Evangelio de hoy sea tan lejana en su traducción al inglés y al español del texto griego original. "μακάριος" o "makarios" es la palabra griega original. Se refiere a una bendición que se dice.

Los angloparlantes escucharían esta palabra de apertura del Evangelio de San Mateo traducida como "bendito", pero los hispanohablantes oyen la palabra "dichoso". "Dichoso" captura el significado profundo del texto griego original de que las bendiciones existen porque alguien pronuncia la palabra de la bendición.

"Dichoso". Esta palabra captura la personalidad del padre Chuy Ramírez. Se trataba de hablar palabras de bendición. Conocí al padre Chuy cuando era seminarista. Yo estaba en mi primer año de teología como seminarista de la Arquidiócesis de Seattle en el Colegio Teológico de la Universidad Católica de América. Él estaba en su último año de teología como seminarista de la Diócesis de Yakima. No recuerdo a muchos seminaristas en su último año de teología. Pero recuerdo bien y claro al P. Chuy como seminarista. Estaba en mi puerta buscando ayuda con sus estudios de teología porque tenía problemas con el inglés. Muchos de nosotros sentíamos compasión por él y lo ayudábamos con sus trabajos académicos. Pero también él nos ayudaba a todos con nuestro español. ¡A veces nos ayudaba demasiado!

"Dichoso" P. Chuy pudo dirigir una palabra de bendición a cada seminarista porque el P. Chuy conocía a todos los seminaristas. Conocía a cada uno de los cien sesenta nombres. Conocía sus antecedentes. Conocía sus historias personales. Trataba de hablar con los seminaristas de primer año en el pasillo, en la baqueta de camino a clases, en el comedor y en la sala de televisión. A veces rompía el silencio de la capilla estallando con una palabra de "bendición".

De hecho, el P. Chuy no tuvo un pensamiento callado o implícito. Como sacerdote de Seattle durante dieciséis años, perdí el trato personal con P. Chuy. Pero luego me convertí en obispo auxiliar de Seattle. En una ocasión después, el P. Chuy y yo estuvimos juntos en una misa con el obispo Sevilla. No recuerdo la fiesta o celebración. Pero intercambiamos números telefónicos.

De repente, recibí mensajes de personas necesitadas en mi teléfono celular personal. El padre Chuy había ayudado a una persona transitoria que estaba en el hospital de Harborview. Se suponía que debía encontrar recursos para que regresara al este de Washington. No tenía idea de que mi número de teléfono celular personal se convertiría en un instrumento de evangelización para el Padre Chuy y sus amigos. El padre Chuy fue bastante específico sobre quién creía que debería recibir una palabra de bendición. Él esperaba que viviéramos el significado completo de esta palabra inicial en el Evangelio de hoy de San Mateo. "Dichoso".

Cuando llegue como obispo de Yakima, volví a ver al mismo P. Chuy. Siempre estaba haciendo oración con gran entusiasmo por sus feligreses enfermos. Él conocía sus dolencias y enfermedades. Quería calibrar y orientar su oración a la necesidad específica de la enfermedad de cada feligrés. A veces invitaba a los feligreses a hacer lo mismo. Como resultado, los feligreses podrían sorprenderse al saber cuántos de sus compañeros feligreses se enteraron de los detalles de sus dolencias físicas. Pero el P. Chuy quería que todos fueran tan específicos en sus oraciones como él. Al padre Chuy nunca se le ocurrió que a sus feligreses enfermos tal vez no les hubiera gustado que todos supieran de sus enfermedades. Más bien, el Padre Chuy quería que todos vivieran el significado completo de "dichoso" y pronunciaran una oración de bendición frente a la enfermedad.

En muchos sentidos, el padre Chuy enfrentó su propia enfermedad y su muerte tan pronta de la misma manera. Poco después de su diagnóstico, pude ver que estaba muy débil. Le impartí la absolución y la bendición apostólica. Se centró en cada palabra de la bendición hablada. El día de su muerte, Marta, la hermana del Padre Chuy, y el Padre Alejandro Trejo rezaron juntos con el Padre Chuy. Marta me comentó que murió como debe morir un sacerdote: en oración.

Estos detalles del Padre Chuy en vida y en la muerte subrayan la naturaleza crucial de estas bienaventuranzas que escuchamos proclamadas en nuestro Evangelio de San Mateo. El teólogo moral Padre Servías Pinckaers sugiere que este quinto capítulo de San Mateo es la clave interpretativa que abre todo el Evangelio de San Mateo.

De hecho, después de que el Papa Juan Pablo II encargara la redacción de un nuevo catecismo en 1985, al Padre Pinckaers se le encomendó la tarea de redactar la tercera parte del catecismo titulada "La vida de Cristo". A diferencia de los catecismos anteriores, el Padre Pinckaers inicia las enseñanzas morales de la vida de Cristo, no con los Diez Mandamientos como los catecismos anteriores, sino con las nueve bienaventuranzas de Jesucristo.

Por supuesto, cada una de las nueve bienaventuranzas comienza con la palabra "Dichoso". Imitando a Jesús, nuestra misión es hablar palabras de bendición, a los pobres, a los mansos, a los que lloran, a los que tienen hambre, a los que desean misericordia, a la pureza de corazón, a los que buscan la paz y a los que son perseguidos. Esta bendición hablada en la oscuridad del sufrimiento humano está en el centro de nuestra identidad como seguidores de Jesús.

En sus escritos académicos, el padre Pinckaers sugiere que Martín Lutero cometió un error fundamental en su pensamiento durante lo que hoy conocemos como la Reforma Protestante.

Martín Lutero enfatizó los Diez Mandamientos sobre las Bienaventuranzas porque creía que solo un grupo especial de personas muy espirituales podrían realmente vivir y asimilar las Bienaventuranzas de Jesús.

Sin embargo, hoy notamos que nuestro Catecismo de la Iglesia Católica comienza la enseñanza moral de la Iglesia con las Bienaventuranzas de Jesús. Como católicos, creemos que las Bienaventuranzas forman el centro de la vida cristiana. Es a través de las Bienaventuranzas de Jesús que leemos y asimilamos los Diez Mandamientos.

Me parece que podemos leer mejor estos últimos treinta y cuatro años del padre Chuy Ramírez como sacerdote de la Diócesis de Yakima como una gran bendición prolongada, a través de la cual Dios le dijo palabras de bendición y él le habló palabras de bendición a Dios por nosotros.

Damos gracias a Dios por muchas palabras de bendición que recibimos a través del sacerdocio del Padre Chuy Ramírez. Damos gracias por la gran bendición de parte del P. Chuy para su hermana Martha que está aquí con nosotros hoy, así como para su familia extendida aquí, y en México. Damos gracias por la fraternidad sincera y concreta de parte del Padre Alejandro Trejo y por sus numerosos hermanos sacerdotes que lo visitaron estas últimas semanas. Damos gracias por los trabajadores del hospital, los trabajadores del hospicio y el ejército de feligreses que brindaron tanto amor y apoyo en estas últimas semanas de la vida del Padre Chuy.

Qué apropiado que celebremos esta Eucaristía final, ese gran acto de acción de gracias, porque hemos visto la muerte y la resurrección de Jesús presente en la vida del Padre Chuy. Que seamos la Beatitud de Jesús que consumimos en este altar. Que nos comprometamos a vivir esa palabra, "dichoso," con más fervor en nuestras vidas como cristianos.